

«El domingo, 12 de Junio, por la mañana, después de haber hecho en Viático su primera Comunión y recibido los últimos Sacramentos, mientras su padre, su madre y yo aguardábamos su último suspiro, sentíme interiormente inspirada para invocar á Nuestra Señora de Lourdes, á la cual dirigí en mi corazón esta corta y sencilla súplica: «Oh María, concebida sin pecado, Nuestra Señora de Lourdes, puesto que «se necesita un milagro, ¿no podéis Vos hacerlo? «Curad á ese niño, yo os lo pido.» Después, tomando un frasquito del agua milagrosa que una de mis parientas me había dado, hice tragar algunas gotas á nuestro niño moribundo; hícele con ella fricciones por tres veces distintas en su rostro terriblemente hinchado; cada vez disminuía la hinchazón, y pronto desapareció del todo. Declaróse desde entonces una extraordinaria mejora, y pasó tranquila la noche. El lunes por la mañana con gran sorpresa de los médicos, que no podían dar crédito á sus ojos ni oídos, el niño pedía de comer, y comía en efecto sin experimentar la menor indisposición.

«Con todo, la curación no era completa; en el curso de la enfermedad, el niño había perdido la vista, en términos de no poder distinguir el día de la noche. Animada por los milagros que habíamos ya alcanzado, y bien convencida de que Nuestra Señora de Lourdes no querría dejar incompleta su obra, continué las fricciones del agua milagrosa en los ojos del ciegucecito, y el martes por la mañana, al despertarse,

exclamó gozoso: «Veo como veía antes de estar enfermo.»

«Hoy día está completamente restablecido.»

Si después de esto las madres y los hijos no aman á la *Inmaculada Concepción*, no sé en verdad qué más debería hacer la bondadosa Virgen de Lourdes para ganar sus corazones.

XXXVIII

Un obrero de sesenta años, súbitamente curado de úlceras y varices declaradas incurables

El reverendo Coux, vicario de Saint-Alain, en Lavaur (diócesis de Albi), dirigía al Padre Superior de los misioneros de Lourdes la siguiente relación que se recomienda muy especialmente á los libre-pensadores.

«Lavaur, 20 de Septiembre de 1871.

«Mi reverendo Padre:

«Lo sobrenatural rebosa por todos lados en nuestro siglo ciego: hélo aquí justificado por la ciencia médica.

«Francisco Macary, carpintero de Lavaur, de edad de sesenta años, hacía unos treinta que padecía en las piernas enormes y crueles varices. El mal se

complicaba frecuentemente con grandes y profundas llagas. Tenía reguardadas con unas polainas de piel de perro las piernas envueltas en muchas tiras. Obligado Francisco á un descanso absoluto, ha recibido, según él mismo nos ha dicho, á causa de sus frecuentes y largas huelgas, más de mil francos de la sociedad de San Luis, á la cual pertenece.

«Ha consultado á todos los médicos de Lavaur, algunos de Tolosa, entre ellos el doctor Laviguerie; todos le han respondido: *Vuestro mal es incurable.*»

«Su alma no estaba menos enferma. El pobre Macary había abandonado toda práctica religiosa; no asistía á otras misas que á las prescritas por la sociedad de socorros mútuos; y durante las largas noches de insomnio causadas por atroces dolores, mientras que su piadosa mujer lloraba y oraba, Macary furioso blasfemaba.

«En Julio último, postrado en su poltrona, deseaba la muerte. Había oído hablar de Nuestra Señora de Lourdes y del libro de Mr. Enrique Lasserre, cuya lectura le sugirió una idea. Leyólo en dos días, conmoviéndose á menudo hasta asomarle las lágrimas.

«Su mujer tuvo felices presentimientos; y él mismo sintió que su ulcerado corazón se abría á la esperanza.

«Por la tarde del 16 de Julio se apoderó de él una agitación extraordinaria; no pudiendo permanecer

en su silla, dijo: «Mujer es menester salir.—Pero es una imprudencia.—No importa, salgamos; no puedo soportar más.»

«Sale apoyado del brazo de su mujer, sin saber á donde iba. En vez de ir á los paseos, á pocos pasos de su morada entra en la de una de sus hermanas, cerca de la iglesia de Saint-Alain.

«Hallándome de vicario en dicha parroquia, entré también en la misma casa.—«Mañana, dije á las personas que allí se hallaban, voy á Nuestra Señora de Lourdes, y me encargaré con gusto de vuestras comisiones.—¿Vais á Lourdes? exclama Macary. Pues bien, os suplico digais á la Virgen que en Lavaur hay un pobre diablo de obrero que tiene sus piernas enfermas, *podridas*, y que no puede resistir á los padecimientos. ¡Qué me cure, ó me maté!—Confesad que me hacéis un encargo muy particular: ¡pedir á la Santísima Virgen que os mate! No se dignará escucharme.»

«Entonces Macary en tono formal me pidió le hiciese el obsequio de rogar por él y de traerle un poco de agua de la gruta. Se lo prometí; y tres días después, en 19 de Julio, le remití un frasquito de la milagrosa agua.

«Escuchad ahora á Francisco Macary.

«Cuendo tuve en mis manos aquella agua bendita, me apresuré á entrar en mi aposento. Me arrodillé, é hice á la Virgen una súplica corta, pero fervorosa. Quitéme mis polainas y vendajes; echando

« agua á la palma de la mano, lavé mis pobres piernas; bebí el agua que quedaba en el frasco, metíme en cama y me dormí.

« A cosa de media noche me desperté; ya no sentí dolor alguno en mis piernas; tocábalas con ambas manos; las varices habían desaparecido.

« Mi mujer se hallaba en un aposento contiguo que tenía comunicación por una puerta.—Mujer le dije, estoy curado.—Te vuelves loco; vamos, duerme.....

« Se apoderó de mí un sueño como no lo había tenido desde mucho tiempo. El día siguiente, al despertarme, me apresuré á reconocer mis piernas: varices, úlceras, todo había desaparecido. La piel estaba más lisa que la de mis manos, como lo veis ahora. »

« Dos días después Macary me decía: « Ahora, soy vuestro; la Virgen ha curado mis piernas; á Vos debo la curación de mi alma. »

« El 18 de Septiembre, día de la procesión de Castres, habéis visto, mi reverendo Padre, á Francisco Macary en la gruta, llevando en *ex-voto* sus polainas, actualmente pendientes en la gruta. El os enseñó sus piernas perfectamente sanas. Habeislo visto llorar en la gruta y en la sagrada Mesa, á la que se acercaba por cuarta vez desde su curación. La parroquia le ha visto acompañando al Santísimo Sacramento, contento y orgulloso de llevar el palio.

« Hé aquí ahora el testimonio que dan del milagro

tres médicos respetables. Es notable en particular la irresistible demostración del sabio doctor Bernet. En cuanto á nosotros, nos asociamos al bueno de Francisco Macary y á toda la población de Lavour y sus cercanías, para tributar gracias á la *Inmaculada Concepción* de Lourdes, que se ha dignado dar al mundo esta nueva prueba de su poder y de su bondad. ¡Ojalá que abriese ella los ojos á los ciegos y tocase los corazones endurecidos!—« J. COUX, *presbítero, Vicario de Saint-Alain, en Lavour (Tarn).* »

El abajo firmado declara: que desde hace treinta años, el Sr. Francisco Macary, carpintero, estaba atacado de varices en las piernas. Estas varices, que eran del grueso de un dedo y mezcladas con cordones anulados y supurentos muy desarrollados, habían necesitado hasta ahora una compresión metódica, ejercida por medio ya de un vendaje arrollado, ya de una polaina de piel de perro. A pesar de estas precauciones aparecían frecuentemente ulceraciones en ambas piernas, y exigían cada vez un reposo absoluto y un tratamiento muy largo. Hoy lo he visitado, y no obstante de tener libres de todo aparato sus miembros inferiores, no he podido percibir sino algunos vestigios de sus enormes varices.

Este caso de curación espontánea me parece tanto más sorprendente, cuanto que los anales de la ciencia no mencionan hecho alguno de esta naturaleza.

Lavour, 16 de Agosto de 1871.—SEGUR, *doctor en Medicina de la Sociedad de Seguros mútuos de San Luis.*

Visto para legalización de la firma del doctor Segur,
Lavaur, 3 de Septiembre de 1871.—*El Alcalde, ET. DE VOISIN.*

Visto para legalización de la firma de Mr. Esteban De Voisin-Laverniere, alcalde de Lavaur,

En Lavaur, 5 de Septiembre de 1871.—*El Subprefecto, CELLIERES.*

El que suscribe certifica: que desde hace unos treinta años, el señor Macary, carpintero de Lavaur, estaba atacado de varices en las piernas con enormes nudosidades, que con frecuencia se complicaban con grandes úlceras, á pesar de la constante compresión ejercida por polainas ó vendajes; cuyos accidentes han desaparecido de repente, sin quedar hoy más que una nudosidad notablemente disminuida en la parte interna y superior de la pierna derecha.

Lavaur, 25 de Agosto de 1871.—*ROSSIGNOL, doctor en Medicina.*

Visto para legalización de la firma anterior,

Lavaur, 3 de Septiembre de 1871.—*El Alcalde, ET. DE VOISIN.*

Visto para legalización de la firma de Mr. Esteban de Voisin-Laverniere, alcalde de Lavaur,

Lavaur, 5 de Septiembre de 1871.—*El Subprefecto, CELLIERES.*

Francisco Macary, de sesenta años de edad, carpintero de Lavaur, miembro de la sociedad de San Luis, nos consultó hace cerca de veinte años, con motivo de unas varices que

ocupaban la cavidad del jarrete y la parte interna de la rodilla y pierna izquierda.—Notábase entonces hacia el tercio inferior de este miembro una úlcera varicosa con bordes callosos, é inchazón considerable y dolorosa de los tejidos.—Existían además fuera y dentro de la parte superior de la pantorrilla dos grandes y antiguas cicatrices que nada tenían de común con la afección que nos ocupa, y que eran el resultado de una quemadura sufrida por el enfermo veinte años antes. Tenía dilatadas gran número de venas, y en tales términos que en nuestro concepto los medios quirúrgicos que se empleaban contra esta enfermedad eran formalmente contraindicados.

Nos pareció, pues, que Macary estaba condenado á una enfermedad perpétua, y sólo aconsejamos los paliativos que por lo demás habían ya aconsejado muchos de nuestros profesores.

Diez y ocho años más tarde, esto es, hace dos años, Macary volvió á consultarnos.—El mal estado de su pierna había empeorado.—Le confirmamos nuestro primer pronóstico, y le declaramos que era urgente, para que la úlcera llegase á cicatrizar, el someterse como único medio á un descanso absoluto y prolongado en la cama, y al sistema de curas metódicas.

Hoy, 15 de Agosto de 1871, Macary se nos presenta por tercera vez.—La úlcera está perfectamente cicatrizada. Ningún aparato comprime la pierna, y sin embargo no existe rastro de hinchazón.—Pero lo que sobre todo nos admira es que las varices han desaparecido completamente; que en su lugar se perciben al tacto pequeños cordones, duros, vacíos de sangre y que corren al tocarlos. La vena safina tiene su dirección y su volumen normal.—El más atento examen no descubre señal alguna de operación quirúrgica.

Según relación de Macary, efectuóse en una noche y por la

sola influencia de la aplicación de compresas embebidas en agua de la fuente de Lourdes.

Concluimos afirmando que, hecha abstracción del relato de Macary, la ciencia es impotente para explicar este hecho, pues los autores no citan ninguna observación semejante ó análoga.—Todos están acordes en que las varices abandonadas á sí mismas son incurables; que no se curan con paliativos y menos espontáneamente; que van agravándose continuamente, y por fin, que no puede esperarse una curación radical, haciendo correr graves peligros al enfermo, sino por medio de operaciones quirúrgicas.—Así aunque el hecho afirmado por Macary no estuviese probado por testimonios auténticos tomados sin su intervención, no dejaría de ser para nosotros un hecho de los más extraordinarios, ó por mejor decir, sobrenatural.

En fe de lo cual firmamos la presente relación.

Lavour, 15 de Agosto de 1871.—D. BERNET, *doctor en medicina de la facultad de París.*

Visto para legalización de la firma que antecede,

Lavour, 3 de Septiembre de 1871.—*El Alcalde, ET. DE VOISIN.*

Visto para legalización de la firma de Mr. Esteban De Voisin-Laverniere, alcalde de Lavour, que precede,

Lavour, 4 de Septiembre de 1871.—*El Subprefecto, CELLERES.*

XXXIX

El seminarista de Liégo

El miércoles Santo, 13 de Abril de 1870, un joven y piadoso seminarista de la diócesis de Liégo, en Bélgica, fué curado instantáneamente, la primera vez que hizo uso del agua de Lourdes, de una enfermedad de consunción que lo conducía rápidamente á la tumba. Era subdiácono, y se llamaba Enrique José Grenier. Hé aquí como él mismo refiere al Superior de los misioneros de la santa gruta su enfermedad y su milagrosa curación:

«Después de una enfermedad de consunción de cerca de tres meses, fuí curado repentinamente la primera vez que hice uso del agua de Lourdes, el miércoles Santo, 13 de Abril, á las ocho y media de la tarde.

«Desde primeros de Enero padecía una tos que descuidé por espacio de un mes. Acosábame á menudo un hambre canina, un vértigo estomacal; y la respiración era muy penosa. A principios de Febrero comprendí la necesidad que tenía de cuidarme. El médico, no viendo de pronto más que un catarro, extrañó encontrarme tan débil. Combatí los desórdenes del estómago, pero mi tos degeneró en una inflamación del pecho, y tuve una fiebre catarral que fué necesario cortar por medio de una completa abs-

tinencia bastante larga. Curada la calentura, pude comer; puesto que ya no padecía, créime curado, y desde entonces probé emprender de nuevo mis estudios; pero estaba cansado y no pude continuar: hambre canina, vértigos, debilidades, dolores de cabeza, digestiones difíciles, todo había reaparecido: las opresiones eran casi continuas.

«Arrastré en el Seminario, hasta el 13 de Marzo, una vida de cada día más penosa. Regresé entonces á mi casa, á la aldea de Hermalle, á dos leguas de Liége, para rehacerme por medio del descanso y un método fortificante. Durante unas tres semanas se sostuvo el apetito, sin que recobrase las fuerzas. Después de más de quince días de un régimen tónico, el médico me encontró aún más débil que á mi regreso.

«Desde el 3 de Abril desapareció aquel apetito ficticio: pronto sentí que se me iba la vida con mis fuerzas. En 10 de Abril abandoné las drogas del doctor, que me inspiraban una extrema repugnancia, y cediendo á las instancias de mis desesperados padres, consentí en recurrir al agua de Lourdes.

«Resolvimos empezar una novena el miércoles Santo, 13 de Abril, por la tarde. Confieso que me decidí con pena á recurrir á este medio: nunca había pedido mi curación á Dios, y mi resolución era dejarle obrar como quisiese. En el referido día 13 de Abril me encontraba bajo todos conceptos más débil y decaído que nunca. Me hice violencia para confesarme, y te-

nía la intención de comulgar en Viático el día siguiente. El Cura Párroco me decía, entre siete y ocho horas de la tarde, que yo era «un pájaro para el gato;» la persuasión general era que, después de haber ido acabándome por algún tiempo, pasaría dulcemente á la eternidad. A las ocho y cuarto la familia estaba reunida para empezar la novena. ¡Oh Virgen Inmaculada! dije yo interiormente, creo que si Vos lo queréis podéis curarme: si lo hacéis iré en peregrinación á Montaignu (distante catorce leguas de mi lugar).

«Concluidas las oraciones, tomé algunas gotas de agua de Lourdes en una cucharita de tomar café. Desde luego, sin crisis ni dolor, sentí un perfecto bienestar; en vez de la laxitud mortal de un momento antes, experimentaba un frescor, una agilidad nueva, cuya necesidad sentía al propio tiempo; mas no acababa de creer aún: dejó á mis padres orando, bajo lentamente la escalera, y me siento enteramente cambiado, bajando con facilidad. Vuelvo á subir, corro como un rayo, y me hecho en brazos de mi familia atónita y como anonadada. Cojo el libro de Mr. Lasserre, y respirando á mi gusto, leí en alta voz durante un buen rato y recé el Rosario con voz clara y sonora, yo que el día antes había intentado en vano el rezar la mitad del *Ave María*. Después corrí á dar la feliz noticia al Cura Párroco, y volví á comer, escribir, orar, etc. Hacia las once y media me dormí con un sueño tranquilo, profundo y perfecto, y vinieron á despertarme á las diez de la mañana.

Muchos años hacía que no había podido descansar de este modo.

«Era el jueves Santo. Fui á la iglesia, canté en ayunas en los divinos oficios sin la menor fatiga, y observé la abstinencia de los tres últimos días de Cuaresma. Mis únicos momentos desocupados los dedicaba al rezo del breviario, que había tenido que dejar hacía mucho tiempo. Toda debilidad había desaparecido repentinamente el primer día de la novena y á la primera gota de agua.

«La curación subsiste inmejorablemente. Desde el 13 de Abril he hecho una porción de jornadas, que en tiempo de plena salud me habrían puesto enfermo; en 9 de Abril emprendí á pié la peregrinación á Montaigu, y al regreso, después de haber andado veintiocho leguas, estaba fresco y apto como á la salida.

«¡Gloria á Dios! ¡Gloria también á la Inmaculada Concepción, que remueve así al mundo para cambiarlo, para convertirlo!»

XL

Curación instantánea y radical de una joven aldeana,
que se moría de convulsiones

A consecuencia de un accidente en apariencia insignificante, una joven de Trebons (Altos Pirineos), llamada María Rousse, fué atacada de una enferme-

dad cerebral que pronto puso sus días en peligro. María tenía cerca de veinte años. Era amable y piadosa; toda su familia era profundamente cristiana; su padre en particular tenía una fe capaz de trasladar las montañas.

Desde que tuvo que acostarse, la pobre María era presa de terribles convulsiones que duraban hasta que había agotado sus fuerzas. Así transcurrieron algunas semanas; la familia no estaba aún del todo inquieta: creíase que era una de aquellas enfermedades de nervios muy dolorosas, pero que no amenazan la vida, que se van como han venido, y que no dejan huella en el organismo. Pronto se desvaneció esta seguridad. El mal adquirió un carácter orgánico muy grave. María no tomaba casi alimento, su debilidad era excesiva, y su cerebro era el asiento de un dolor permanente y agudo.

Veíanla dos médicos, que estaban acordes acerca de la naturaleza del mal y su tratamiento. Mas los remedios no producían más que alivios momentáneos é insignificantes. La vida se iba extinguiendo, y se temía que la pobre joven sucumbiese en una de las crisis que le torcían los miembros. La pobre niña mostraba una resignación grande.

Los sacerdotes de la parroquia la habían ya visitado muchas veces, y viendo inminente el peligro, se le administró el santo Viático y la Extremaunción. Toda la aldea se interesaba por la joven enferma, que se hacía amar por su excelente carácter y la edifica-